ALONSO CUETO

El otro amor de Diana Abril

PEISA

ALONSO CUETO

El otro amor de Diana Abril

Lima / Perú

El otro amor de Diana Abril
© Alonso Cueto, 2002
© Ediciones PEISA, 2002
Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro
Lima 27, Perú
peisa@terra.com.pe

ISBN: 9972-40-250-9

Prohibida la reproducción parcial o total del texto
y las características gráficas de este libro. Ningún párrafo
de esta edición puede ser reproducido, copiado
o transmitido sin autorización expresa de los editores.
Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad
intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado
de acuerdo con el D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor)
y las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual.

Diseño de carátula:
Eduardo Tokeshi
Composición en base a dos obras
de la serie *Dormilonas*, de Luz Letts.

Composición y diagramación:
PEISA

Impresión:
Metrocolor S.A.
Lima, Perú

Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo,
sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto
de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

Hecho el Depósito Legal N.° 1501082002-3474

EL OTRO AMOR DE DIANA ABRIL

Para Abelardo Sánchez León
y Fernando Ampuero,
compañeros de mares y montes.

I am the author of myself.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Coriolanus.*

No es precisamente la pasión del lujo lo que reina en Lima, es la pasión de la exterioridad (...). No es, pues, el amor a las comodidades de la vida doméstica lo que devora a nuestras familias; es cierto deseo de aparentar, rivalizar, deslumbrar, humillar a los demás, herir y fijar la atención en las alamedas, en el teatro, en las tertulias, en los salones y, lo diremos de una vez, hasta en los templos.

LUIS BENJAMÍN CISNEROS, *Julia* (1860).

CAPÍTULO I

Mientras el avión se elevaba en la calma voluminosa, Diana pensó que un ángel había organizado el teatro de su historia final, la cortina infinita de aire, los personajes blancos de las nubes, la trama de felicidad azul en la que estaba levitando. En la parálisis del cielo sólo se movía la mano tibia de Álex, su esposo (¿de veras esa palabra?), apretando la suya. Era su luna de miel: el paréntesis iluminado de los días en Miami, las olas en los tobillos, el vapor del sol en la ventana, el descanso de los anteojos oscuros hacia arriba, la frescura de sus muslos tostados, rociados de perlas de agua. La liberación anticipada de su luna de miel no alteraba la lucidez de una rutina hilvanada de certezas: la gran casa en Monterrico a donde volverían, el trabajo de Álex en la fábrica de telas de su familia, las dos empleadas, la cocinera, el chofer y el jardinero, palacio y séquito de su pequeña corte, una tarjeta postal que le llegaba del futuro.

Su casa de seiscientos metros era la suma de un garage para dos carros, una sala grande, dos pequeñas, una biblioteca, un jardín interior bajo la escalera, afuera otro jardín con piscina, tres dormitorios. Al regreso iba a hacer pintar la sala y a conseguir un nuevo juego de muebles (demasiado grandes, demasiado oscuros los de regalo). Podía aprovechar las salidas de compras

con su madre los días de semana, a las nueve y media o diez después de despedir a Alejandro. A esa hora podía recogerla, llevarla a un paseo por las vitrinas de muebles del Jockey Plaza, invitarle un café cortado en el Espresso, escuchar de paso sus historias familiares, la tía Rita era muy guapa de joven, tenía tantos novios pero se enamoró de Foncho que resultó un sinvergüenza, oye. Tu tío Polo que iba para bien se casó pésimo con tu tía Dora, míralo ahora. En cambio a tu tía Anita que nadie daba medio por ella se casó con Alfredo y le fue regio. Dichosa está.

Diana la había escuchado siempre con la esmerada curiosidad de poder reconstruir a sus tías cuando eran jóvenes y románticas (¿alguna vez así, de veras?). Su madre y sus tías y ahora ella. Algún día iba a contarle a sus hijos de este viaje a Miami. El avión con la elegancia de un cisne tocado por la gracia, las nubes sosteniendo el viento inmóvil, el susurro en el corazón de los motores.

Una aeromoza se acercó a ofrecerles un refresco. Alejandro, junto a ella, le pasó su vaso. Brindaron con un roce de los dedos.

Siempre la había confortado el sabor de la comida de avión. Las porciones de carne, puré, legumbres, dulces y jugos empaquetados. El gusto profesional dictado desde la certeza de alguna receta madre, una cocina central en las oficinas de Atlanta o de New Jersey emitida a las bocas de todos los aviones. Un carrito de licores y bebidas la interrumpió, y después, la película de Robin Williams, la placidez flotante, el anuncio del piloto sobre la altura y el clima en Miami, la estructura de vidrios tras la puerta de salida del aeropuerto. Las escenas que la habían llevado hasta allí: la primera tarde que lo besó, el rostro tierno y sorpresivo en la puerta de su casa, el desvelo de la primera no-

che de noviazgo, las confesiones telefónicas a sus amigas, «¿de verdad?, ay, qué lindo», las rutinas de los almuerzos en familia, el secreto compartido en la alcoba de su madre, «me ha dicho que me quiere, mami, estoy tan contenta, quiere casarse, ¿no es un chico buenísimo, no te encanta?». En la aduana del aeropuerto de Miami los esperaba un cubano blanco y gordo, los bigotes risueños mientras sellaba los pasaportes, «que tengan una feliz estadía, son recién casados, ¿verdad?, muy bien».

Casados. Casada. Alejandro. Un hombre bueno y dulce y fuerte. Unido a ella. Una misa, unas palabras de la Biblia, una salida del brazo y de pronto la recepción en la casa con los besos de las amigas, las tías, las hermanas haciéndole el honor de haberse vestido bien por ella, paf, casada, unida, lo había programado todo durante meses y aun así no salía de su estupor. La última de las hijas. Por fin. Casada. Veintisiete años y recién casada.

Y ahora Miami, una bocanada de aire caliente, unos pilotes de cemento, los contornos cristalinos, la luz encendida del Caribe. El chofer haitiano en el carro amarillo de aletas, la cinta de asfalto entre las palmeras, Alejandro no quitó su mano de la suya hasta que llegaron al hotel.

Aquí el Hotel Palace: una ventana a la playa, la comida de carne y papas (con helado de vainilla y vino californiano) y unos cuantos boleros de Luis Miguel en la discoteca del último piso, «No me platiques más...», «Esperaré...», el sabor del gin and tonic con la mano de Alejandro en la cintura. En el restaurante se habían sentado uno junto al otro, abrazados de espaldas a la pared, la arrogancia natural de la felicidad. Por fin volvieron al cuarto, ella entró al baño, se peinó y salió a la enorme penumbra de

la suite para estrechar su cuerpo sobre la carne dura y tibia. El oleaje de músculos enardecidos en silencio, la maleza cálida en la piel, los ojos con el brillo de un novio que aún no era un marido.

❁ ❁ ❁ ❁

Acostó la cabeza. Esta noche, este cuarto, este hombre que es Alejandro y a quien ella piensa dedicarle su vida, para quien va a hacer todos los esfuerzos, todo lo necesario para que él pueda ser feliz, «Álex, de verdad, yo te prometo».

La felicidad no era un regalo sino un premio. La dicha era la consecuencia de una rutina, la estabilidad como una recompensa al edificio de precauciones, la rutina paciente de trabajo en la fábrica de Alejandro, la abundancia ordenada. En el momento justo, perdida en la liberación y la paz de los músculos, sintió que su esposo se apartaba de ella y que se instalaba en el sueño de esa primera noche de casados para siempre.

Cuando despertó, el teléfono martillaba junto a su cara. Miró hacia el fondo del cuarto. Un resplandor esquivado en las cortinas. Un ruido de agua. Álex duchándose.

Habría entrado a la ducha con él, si no fuera por el teléfono... Diana levantó el aparato. Una voz emergió con su nombre.

—¿Aló? ¿Diana? —insistió.

—Aló. Sí, mami. Hola, dime, ¿pasa algo?

—Diana, hijita, ¿estás bien?

—Sí, claro que estoy bien, qué pasa.

—Escúchame, escúchame, hijita, tengo que decirte algo muy importante.

—¿Qué pasa? ¿Está bien mi papá?

—Sí, sí. Está bien. Todos estamos bien aquí. Pero, mira, hijita, tengo que decirte una cosa.

—Pero dime de una vez, mamí.

—Escúchame, ayer en la recepción, cuando estábamos en la iglesia, hablé con Patty Gómez Sánchez. Me quedé hablando largo con ella y no sabes, me quedé muy mortificada. Me contó algo que tienes que saber, hija.

—Qué...

—Esto te lo tengo que decir por tu bien, Diana. Patty me habló de cuando había conocido a Alejandro, en la época en que él estaba terminando de estudiar. Conoció también a su mamá, a su papá y a sus hermanas.

—¿Y qué te dijo?

—Tengo un poco de miedo, hijita.

—Dime qué te dijo.

Durante la pausa que siguió, el ruido de la ducha se detuvo. Alejandro se estaba secando, y canturreaba aceleradamente. *No me platiques más.*

—Me dijo que Alejandro había tenido problemas. Tengo miedo —siguió la mamá.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Problemas mentales, hijita. Alteraciones.

—¿Problemas mentales? Pero qué tontería, mami. ¿Por eso me llamas?

Hubo un silencio al otro lado. Alejandro cantaba en voz alta. En cualquier momento podía salir del baño.

—Es una enfermedad que se llama insania temporal —silbó la mamá.

—¿Insania temporal?

—Dice que es cuando una persona tiene ataques de agresión —silbó—, ataques inesperados que no tienen relación con nada. Que se vuelve loco de repente. Eso es lo que tiene Álex, hijita.

—Pero qué tonterías son ésas, mamá. Dime, ¿has dormido mal o qué te pasa?

Diana se dio cuenta que estaba hablando en voz baja.

—No lo digo yo, hijita.

—¿Qué te pasa entonces?

—Dicen que se le ve tranquilo, parece que está bien, y de pronto, algo se mueve en su cerebro, y empieza a portarse como un loco. Patty estaba preocupadísima por ti. A ella le contaron que Alejandro había tenido ataques. Se puso mal hace varios años, dice. Después nadie ha querido hablar del asunto. Pero algunas personas en Lima saben.

—¿Y cómo nadie nos había contado?

—Su familia quiso ocultarlo todo. Pero con la boda volvieron los comentarios, hijita.

—Ay, mamá. Pero qué tonterías las que hablas con tus amigas oye. Y todo para malograrme mi viaje. Lo que pasa es que a ustedes nunca les gustó Alejandro pues. ¿Mi papá ya sabe lo que me estás diciendo?

—No, ni hablar. Él no sabe nada. Si él supiera a lo mejor ya se habría ido para allá a traerte.

—Pero ni se te ocurra decirle nada. Los chismes de tus amigas ya los conocemos, ¿me entiendes? Una cotorra como la Patty Gómez Sánchez puede armar revuelo en cualquier sitio, oye. Si tú ya sabes eso, no sé para qué le haces caso.

—Le hago caso porque eres mi hija —gritó la mamá—. Patty me lo dijo por tu bien. Imagínate si está diciendo la verdad.

—Ya basta, mami.

—Por favor, hijita. Mira, si quieres no vengas pero por lo menos vigílalo. Ay, Dios mío. Es muy peligroso, me dicen. Por eso tienes que estar atenta, Dianita. No creas que no pensé en llamarte. Dije, a lo mejor voy a malograrle su viaje. Pero, ¿y si te hace algo? Prométeme que vas a tomar el primer avión a Lima si ves algo raro, ¿me oyes? Pon cualquier pretexto y ándate al aeropuerto.

—Álex es el hombre más bueno que puede haber, tú lo conoces.

—Dice que sus ataques de locura pueden ocurrir en cualquier momento, Dianita. Se pone muy agresivo, se vuelve muy violento, una vez empezó a golpear a un mensajero de la farmacia, sin razón... Ay, dicen que casi lo mata. El chico fue a la Asistencia, imagínate. Otra vez gritó a un empleado de su fábrica. Se puso como un energúmeno. Eso me han dicho. Qué horror, hijita.

La puerta se abrió y Alejandro apareció envuelto en una toalla blanca, los vapores de la ducha en la puerta del baño. Le estaba sonriendo, una sonrisa larga y estirada.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal dormiste?

—Bien.

—¿Con quién hablas?

—Es mi mamá —sonrió Diana—. Todos están sin novedad. Le estoy contando que está lindo el hotel.

—¿Tu mamá llamando tan temprano? Caray, no se resignan a perderte. Qué buena madre, Dianita.

—Regrésate ahorita por favor. Regrésate —la voz se cortó en una ronquera.

—Estamos pasando un rato lindo, mamá. Ya te contaré a mi regreso. Vamos a tomar desayuno. Después ya bajamos a la playa. Ya nos vemos.

—Por favor. Dice que él tuvo que tomar un remedio. Lo toma siempre, hasta ahora. Se llama Zoloft o algo así. Con eso controla sus ataques, pero si deja de tomar es muy peligroso. Es lo único que tiene para curarse. Es una caja azul y blanca, Dianita. Búscala para que veas. Zoloft es lo que toma. Acuérdate. Zoloft.

—Sí, sí, gracias mamá. Cariños a papá. En una semana te veo.

—Por favor, hijita. Hazme caso. Yo sé lo que te digo.

Alejandro empezó a vestirse.

—Nos vemos la próxima semana. Y gracias por llamar.

Diana colgó.

Alejandro le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—¿Cómo está mi gatita esta mañana? —dijo.

Diana sonrió. Le removió el pelo y le dio un beso.

—Voy a ducharme.

—Espérate. Espérate —dijo Alejandro sacándose la bata de toalla—. Cuando me agarras la cabeza así, me la levantas.

Diana lo vio abrazarla, sintió su piel caliente, vio más allá la luz amarilla abriéndose en el cielo. No tenía ganas de hacer el amor pero puso su mejor sonrisa y se colgó del cuello. Lo sintió algo brusco.

❁ ❁ ❁ ❁

La luz perfilaba las suaves ondas de los muebles, la lámpara maciza se acercaba.

—Hace un día lindo —lo oyó decir—. ¿Por qué no te duchas? Vamos a la playa.

—Ya, pero primero vamos a tomar desayuno, amor.

—Sí, claro. Un buen desayuno de todas maneras.

Diana entró al baño. La frescura violenta y tibia, el agua suavizando los hombros, la voz de su madre, un solo disparo blanco, el gran estruendo de gotas, la voz asordinada de la loza. Alejandro, la insania temporal, tengo miedo hijita. Ese remedio, Zoloft. ¿Una droga contra las explosiones de su cuerpo? Era absurdo. La señora Gómez Sánchez tenía un apodo, «Buenos días, Perú», por su fama de producir noticias, generalmente falsas, todos los días. Sus llamadas telefónicas a veces despertaban a las familias pues su rutina consistía en ir por las noches a todas las reuniones sociales que podía con el fin de enterarse de alguna historia (qué amante del muerto fue a su entierro era una de sus preferidas, si alguno de los hijos la reconoció o si la esposa del occiso se dignó voltear a mirar y si el ex yerno o la ex nuera se dignó aparecerse, mientras que el hermano que no le había hablado en treinta años, fíjate, sí estaba allí, qué te parece). Diana había aprendido que los chismes de la señora Gómez Sánchez por lo general no eran totalmente fiables y en algunos casos resultaban infundados. Los chismes eran para Patty Gómez Sánchez un pasaporte temporal al territorio más necesario para su vida de señora sola: el de la atención de sus amigas. Incluso las risas y burlas a su condición de chismosa oficial eran una forma de

atención que no rechazaba. Por lo general, su madre no le creía del todo y acostumbraba cotejar sus versiones con las de otras señoras. Como si fueran detectores de billetes, había algunas personas en Lima que sabían clasificar un rumor como cierto o falso. Aún así, las historias de Patty habían resultado ciertas, celebradas y hasta famosas alguna vez. La historia de la amante mulata que le servía calata el desayuno a su tío Aurelio, por ejemplo, había sido comprobada con pelos y señales cuando su esposa la vio después de un retorno repentino. ¿Podía estar diciendo algo cierto esta vez? ¿De veras salir del baño, coger el pasaporte, uno de los pasajes y huir hacia el aeropuerto? Ridículo. Imposible. Álex le había contado algunos episodios duros de su vida, las presiones del padre, la dureza de la rutina de un empresario. Pero Diana estaba segura de que su esposo había saltado todas las cercas de la vida con una determinación religiosa y con una lucidez flexible a sus lecciones. Habían hablado muchas horas. Iban juntos a misa los domingos, habían leído pasajes de la Biblia, asistido a las charlas de preparación para el matrimonio. Álex se levantaba todas las mañanas a hacer gimnasia y natación en el Club, llegaba a la oficina a las nueve, le daba un sol a los niños mendigos que se acercaban a la ventanilla del auto. Era cortés, cariñoso, tímidamente atento cuando conocía a alguien nuevo. Manejaba con cuidado, siempre respetando todas las reglas y la única vez que un policía le había puesto una papeleta por ir contra el tráfico en una calle secundaria, no-señalizada, él la había aceptado sin reservas, pidiendo disculpas. Ella no podía creer que lo de su mamá fuera cierto.

Llamarla así, otra intromisión materna a la que ella había tenido que resignarse, pero esta vez... El ruido líquido espar-

ciendo los pelos por la cara, purificando la piel, corrigiendo las líneas tensas de la frente, los ojos cerrados de la huida. Sintió que debía jabonarse otra vez, otra vez, otra vez, jabonarse más, todo el cuerpo, limpiarse. Se lavó la cara, el pelo y las piernas. Oyó golpes en la puerta.

—Diana, Diana, amor, ¿qué esperas? Vamos abajo, no te demores.

—Ya voy —dijo ella.

La voz ahogada.

Movió la llave, el silencio de las gotas, el regreso, envuelta en la bata blanca de toalla. Se secaba lentamente, tapándose como si la bata fuera un vestido que la protegía, entre las sombras blancas que le devolvía el espejo. Empezó a vestirse. Todo iba a resultar bien, la felicidad la seguía esperando en el sol de la playa y en los salones de su casa en Lima. Era cuestión de que ella siguiera avanzando, como siempre. Las intromisiones de su madre. Atreverse a llamarla. Decirle todo eso. El colmo, el colmo.

Él estaba sentado en la cama, las dos manos atrás, los ojos fijos en la cara neutra de una mujer en el noticiero.

—Dice que va a hacer un día lindo. Somos full playa, Dianita.

❁ ❁ ❁ ❁

La cabina del ascensor era lo suficientemente grande. Estaba tapiada por dentro con una tela roja gruesa y por bandas finas de plata. Un espejo los reflejaba deformados.

Diana se puso junto a Álex, mirando de frente las puertas

corredizas, asimilando a los dos intrusos que entraron del piso cuatro, un gordo en shorts con su hijo, una tos masiva en el padre, hasta que la puerta se abrió al sonido cristalino de una fuente de agua y de un piano en el comedor.

La galería de mesas, manteles rociados con jarras de jugo, fresas, manzanas, cereal, yogurt, panecillos, quesos, jamones, mermeladas. Ambos se sirvieron en silencio.

—Jugo de naranja natural. Qué rico. Se ven las pulpitas —dijo Alejandro, sosteniendo el vaso en el aire.

Junto a ellos una familia devoraba torres de panqueques. Un mozo alto apareció de pronto, la barba rala, los duros ojos risueños, la voz atenta: ¿Más café, señora? ¿Toma con leche?

Era un hombre de ademanes retardados, una servilleta siempre colgando de la mano, ceremonioso y ligeramente siniestro.

—En Lima casi nunca puedo tomar un desayuno así.

—¿No tienes tiempo?

—Y además no tengo ganas. Siempre estoy pensando en algún asunto del trabajo.

Diana sorbió el café.

—¿Y cómo anda todo con el trabajo? —dijo por fin—. ¿Arreglaron lo de los almacenes?

Alejandro la miró.

—Ah, no hablemos de eso ahora.

—¿Por qué?

—Hemos venido de luna de miel, amor. Mejor no hablemos de trabajo, ni de obligaciones, ni de...

—Yo no quería hablar de trabajo. Sólo te pregunté si arreglaron lo de los almacenes.

¿Por qué de pronto el golpe de la frase? «Yo no quería hablar de trabajo». Alejandro tomó el vaso de jugo. Una vena vertical le había aparecido en la frente.

—Van bien —sonrió—. Ya creo que hemos superado los problemas. Pero ya te digo que no quiero pensar en eso.

—Ya. Está bien. Disculpa si te molesté.

Diana terminó de masticar. Alejandro le había dicho poco antes que iban a tener que alquilar nuevos locales para los almacenes.

Lo vio cortar los huevos con jamón. Lo hacía con cuidado, el cuchillo y el tenedor dispuestos con una precisión experta, las manos fluidas.

—¿Te dijo tu mamá si siguieron celebrando después que nos fuimos?

—No me dijo.

—¿Hasta qué hora se habrán quedado?

—No sé, tus amigos son bien jaranistas. Seguro que se quedaron hasta tarde.

—Bueno, Paco y Pedro son jaranistas pero también trabajan un montón. Tienen derecho a jaranearse.

—Deberían ahorrar un poco más, oye. Así como ganan un sueldazo, igualito se lo tiran.

—Bueno, ya ahorrarán.

—Creo que estoy muy rajona, ¿no?

—No te preocupes.

—Lo siento.

—Nada.

De pronto Diana lo cogió de la mano. Se la apretaba mientras la mesa empezaba a nublarse.

—Álex, dime, todo va a salir bien, ¿no? Vamos a estar siempre juntos y vamos a ser muy felices, ¿no va a ser así?

—Pero claro, mi amor, por supuesto. Vamos a tener muchos hijos y a ser muy felices.

—Porque lo que yo más quiero es que tú seas feliz.

—Y dime, ¿por qué de repente estás así? ¿Te dijo algo tu mamá que te hizo sentir mal?

—No, nada. Nada.

—De repente otro cafecito va a hacerte bien.

Terminaron de comer. Un pianista se sentó en una esquina. Empezó a tocar *Close to you.*

—Ay, cómo me gusta esa canción —dijo Diana.

❁ ❁ ❁ ❁

Volvieron al cuarto. Diana se encerró en el baño y se calzó el traje azul de lycra y las sandalias, una revista, una toalla, la crema para los hombros y la espalda.

Al salir, vio a su esposo en polo y ropa de baño.

❁ ❁ ❁ ❁

El sol le dio en los ojos como una fulminación. Lo estaba siguiendo. La arena que le manchaba los pies, el viento en los ojos, la caída horizontal del mar. Por fin Alejandro se detuvo, se echó y ella se puso junto a él.

El mar tenía un tono verde esmeralda que se resolvía periódicamente en olas largas, promontorios lentos que se inflaban, lograban una fracción de inmovilidad luminosa en las alturas, y

estallaban hacia abajo, en un derrumbe de furia, una paz de telarañas blancas, el rumor de la masa de agua arreando el mundo.

Diana se paró y caminó hacia la orilla, un drama de arena rápida se iba fraguando a sus pies. Ella miró a lo lejos, empezaba a perderse mientras se quedaba mirando, el sol furiosamente esparcido, un espejo violento de ese cielo predestinado.

Olvidar, ignorar, la gente en Lima es tan mal hablada. Conocía bien a Alejandro, ¿conocía bien a Alejandro?, la nobleza y la fuerza a las que se había acostumbrado no podían ser un sueño de su ingenuidad, la fuerza y el cariño comprobado por los recuerdos, una serie de escenas precisas, las noches juntos en la casa, escuchando música, frente a la T.V. las películas y series, ella se encargaba de avisarle a Eugenia, la empleada de mandil blanco y azul, la bandeja siempre con dos platos, comiendo frente a la televisión, una mano en el cuello, una caricia en la cintura, cuando recibía allí a sus amigas, siempre Álex el más gracioso, la estrella de las conversaciones, el que planeaba las expediciones a las playas en el verano, el primero en llamar a sus padres en sus cumpleaños, las flores que traía para su madre algunas noches, los martillazos de paleta a los que ella asistía en el club antes del gran almuerzo, esa mezcla de cuerpo aceitado y alma de inocente que no desperdiciaba la cortesía de sus manos y las ceremonias del cortejo de su voz en las reuniones familiares, sus tías lo habían aprobado desde el primer día, sólo su padre y su madre con más reservas, ay, no sé, si a ti te gusta, muy bien, pues, qué vamos a hacer, su madre, no estoy seguro de que es el hombre que te conviene, su padre. Pero ella siempre había adivinado el margen de tolerancia en la quijada de su padre cuando hablaba, era una quijada movediza, siempre dispuesta a dete-

nerse cuando ella lo interrumpía para prodigarle algún cariño, había perdido la esperanza en cambio de convencer a su madre, pero sabía que con el tiempo iba a convertirse en una rutina llevadera, sus padres siempre habían sido amables con él, había sido un perverso placer acostarse con Álex en la madrugada, en la sala de su propia casa, ¿lo sospechaban?, pero ahora la venganza exaltada, disfrazada de amor en las acusaciones precisas de su madre en el teléfono, por fin te tengo, hijita, por fin eres de nuevo nuestra, siempre tuvimos razón, te casaste con un chico enfermo, por qué te pusiste tan terca, hijita, pero ahora felizmente la señora Gómez Sánchez y yo vinimos a salvarte, lo mejor es que te regreses, te divorcies y esperes al elenco de muchachos que te convienen, tú siempre tan buena y cándida, Dianita, tú siempre tan inútil para todas las cosas prácticas, tan indefensa, tan dulce, así como no sabes manejar dinero, tampoco sabes escoger novio, viene cualquier cholo enfermito y te convence. Para sus padres Álex era un cholo de Huancayo con una fortuna reciente, padre de Huancayo pero madre de Lima, «papá serrano y mamá decente», había escuchado, su mamá Ángela sí era aceptable pero su papá, su papá, ese indio que vino con cuatro esteras, se puso a hacer ropa y a venderla en la avenida Abancay y ahora tiene más plata que nosotros, pero sigue siendo un cholo, hijita, perdona que te diga, la gente lo comenta pero bueno, pues, si a ti te gusta, eso es, así va a ser, mi amor. Perdona que te diga, pero eres mi hija.

Diana había soportado las protestas con una paciencia risueña, pero alguna vez se había cansado de resistir. Felizmente poco antes de la pedida de mano, ella había asimilado la lastimosa resignación de sus padres, todo sonrisas y elogios para

Álex las últimas veces, en la ceremonia su papá parecía incluso contento, incluso complacido, es un excelente muchacho, su familia tiene mucho mérito, había explicado, incluso somos amigos de los primos de su mamá, ese día hasta su madre le había dado un beso a Álex de novio y le había dicho esa frase, qué bueno tenerte en la familia, hace dos días, anteayer, la ceremonia tan vistosa y el Danubio Azul con tanto ritmo, los dos en la gran terraza de su casa, su mamá tan cariñosa con la hermanas de Álex, los trajes chillones de las hermanas que su padre reprochaba con los ojos fijos. En medio de esa marea de recuerdos estaba el presente de Álex, la cara atenta de Álex que había adivinado la furiosa marea de celos y prejuicios, la familia blanca y antigua y adinerada de Diana frente a la familia marrón de nuevos ricos de él, nunca le había reprochado los silencios, las ausencias, las murallas de sus futuros suegros. Diana había empezado a admirarlo y a pedirle perdón en silencio, pero habían hablado de eso alguna vez, y Álex siempre, «yo me doy cuenta, no te preocupes, tus padres son encantadores, es cuestión de tiempo». Cuando por fin estaban los dos lejos, en las playas de Miami, de todo lo que su madre le había dicho, esto de su enfermedad seguía resonando en ella, «te lo digo por tu bien, discúlpame, hijita».

Claro que sí, claro que sí, claro que sí.

Regresó junto a él. Echados, mirando de frente al sol. Él hablaba vagamente de un viaje anterior a Miami, su visita a Planet Hollywood, uno de estos días vamos a tomar el barquito de paseo en el muelle, murmuró. Diana mantuvo los ojos cerrados. Los abrió con el ruido de Alejandro incorporándose.

—Voy a bañarme —dijo—. Bonita está la playa. Después va-

mos a almorzar al hotel. A la tarde vamos a dar una vuelta. Así, pues.

❁ ❁ ❁ ❁

«Así, pues». ¿Quién hablaba así? Así, pues. Las palabras extrañas como dichas por alguien que no era él. Así hablaba su suegro, que en paz descansaba pero que seguía hablando en su hijo. Allí vamos a la playa pues. Asu macho. Boneta está la playa. Nunca había hablado así. Nunca. ¿Por qué ahora, hoy? ¿Cómo se le había escapado decir eso? Así, pues.

Diana lo siguió con la mirada. La distancia lo convertía paulatinamente en un extraño, cada vez más un hombre joven, guapo y perfectamente ajeno que entraba a una playa, un galán magnífico de piel tostada, un andino que usaba ropa de baño en vez de chullo y que se tiraba al agua en vez de lavar la ropa en el río, ¿por qué pensaba eso? Era horrible, se había preciado especialmente ante su madre y sus amigas de haber descartado los ascos del racismo, no era de fíjate que él no es como nosotras, su madre, o es un buen chico pero no sé, su padre. Su amiga Marita en cambio lo había aprobado, un poco cholito pero bueno, pues, qué vas a hacer, amiga. Es regio. Hasta churro es. Y ahora ella, ahora sólo por una idiota llamada de su madre... Lo vio correr sobre el agua, saltar hacia arriba y zambullirse contra la pared de una ola. Su cuerpo disuelto en una explosión.

La primera vez que ella había abrazado ese cuerpo, un año antes, en la puerta de su casa, esa misma cálida fuerza: una masa sincronizada y esbelta de músculos, una tela cálida que se abría en el pecho, ella lo acariciaba, se restregaba contra su cuello, los

brazos duros de un frontonista consuetudinario, la placidez melancólica de unos ojos enamorados, un perro grande capaz de poner la cabeza en su regazo.

Lo vio salir a flote. Nadaba en una dirección paralela a la playa. Esos músculos de brazadas como aspas furiosas contra las olas, los brazos de atleta que ella había domesticado alrededor de su cuerpo, tenían fuerza suficiente para partirla en dos como a un fósforo. Pero puesto que era incapaz de eso, puesto que era un hombre bueno y equilibrado, puesto que estaba lejos de los chismes y acusaciones de su madre en el teléfono, iba a volver de la playa, iba a regresar al hotel con ella y desde entonces iban a iniciar una vida larga y feliz, sorteando los rápidos normales en el río largo de una pareja. Iba a ser así.

Alejandro nadaba con una fuerza y una gracia prodigiosas, las clases de natación en las que su padre lo había inscrito desde niño, su papá pensaba que la natación iba a ayudarlo a estar mejor entre los blancos, le había confesado su suegra alguna vez, mi esposo decía que si nuestro Álex nada bien, entonces van a aceptarlo, eso decía, por eso nos hicimos socios del club y fue a las clases desde chiquito, Diana lo había visto nadar muchas veces como ahora, la belleza de cada brazada cobijándose en el agua, la cabeza inclinada en la espuma, pero a diferencia de la playa de Santa María, a donde habían ido en el verano, las brazadas de Álex le parecían ahora más largas y violentas, había algo de desesperado en los golpes en el agua. Por fin lo vio detenerse, estaba flotando de pie. Alejandro le hacía señales. Le indicaba con el brazo que lo siguiera mar adentro. Ella apenas levantó la mano para saludarlo y negarse en un mismo gesto. Sonrió brevemente.

Diana se echó mirando el sol. Los pasos de otros bañistas

sonaban como una amenaza. Un hombre de piel chupada por la vejez, las piernas flacas de garza, la barriga redonda, estaba leyendo una novela a su lado. La edad le había deformado el pecho en senos anchos, que colgaban ominosamente entre los brazos con los que sostenía el libro. Una señora llegó junto a él, y sin hablarle se sentó en una silla de telas y fierros, la mujer tenía la piel albina, el pelo rubio cayendo en mechones enrulados, una mezcla de negro y dorado artificial, traía su propia revista que abrió con ojos de pájaro, había un brillo desaprobatorio detrás de su fijeza, como si la revista le mostrara todo lo que ella detestaba en el mundo y aún así, impulsada por una curiosidad morbosa, siguiera pasando las páginas y buscando nuevos motivos de exaltación maligna. Ninguno de los dos se movía. Diana cerró los ojos, el sol se filtraba entre los párpados. Se puso los anteojos de sol.

Vio a Alejandro que regresaba del mar. Se quedó boca abajo en la arena, apoyándose en los codos. Sintió las gotas de agua en el hombro, volteó hacia él con el blindaje de los lentes.

—El agua estaba deliciosa, —lo oyó, la cabeza sobre la toalla doblada.

—Qué bien.

—¿No te vas a meter?

—En un ratito.

Hubo una larga pausa, marcada por los gritos de niños en las inmediaciones.

—Dime, Diana, ¿te pasa algo?

—No. Nada. ¿Por qué?

—Te veo medio rara. ¿Te sientes mal?

—Creo que me cayó un poco pesado el desayuno.

—Sí, estaba rico pero un poco pesado.

—¿Sabes qué? Voy a caminar un ratito. Eso me va a hacer sentir bien, creo. Un ratito nomás.

—Te acompañaría, pero estoy cansadísimo. Este mar es más movido que el de Lima.

—No te preocupes. Ya regreso.

Se paró. Otra vez la arena blanda, las arremetidas del calor en los pies. Se amarró las sandalias.

Caminó por la orilla abierta, el fondo interminable de ese aire azul, las masas dispersas de gente, los pies húmedos bañados por la pequeña espuma, una playa llena de turistas, el rumor de las olas mezclado en todos los idiomas, se sentía perfectamente a gusto, segura de que nadie iba a interrumpirla. En Lima, en sus caminatas en Santa María en cambio, cada dos o tres pasos era hola, hija, tiempo que no se te ve, me han dicho que te casas, sí, pues, qué te parece, sólo que acá, de pronto, entre esa familia italiana que leía con gorritos azules y ese caballero inglés que hojeaba *The Guardian* con una pipa, como sacado de una caricatura, sintió que alguien la llamaba, Diana, Diana, volteó ante una cara vaga pero familiar, era una chica de pelo negro y una sonrisa enorme, ¿te acuerdas de mí?, claro, pero no, ¿dónde te he conocido?, ah, claro, en el colegio, yo soy Alejandra Camino, pero tú, yo estaba en el salón de tu prima Margarita, qué haces acá, bueno, de luna de miel, ¿y tú?, ay, con un gringo que me trajo, pues, allí lo ves, ese rubiecito, tenemos una tienda de artesanías, traemos de todo, cosas peruanas también, nos va bien, pero cuéntame, quién es tu marido, Alejandro, Alejandro Torres, ah, el de las telas, qué regio, ¿y hasta cuándo te quedas?, toda la semana, a ver si nos vemos, pues, pásame la voz

si quieres, mi teléfono está en la guía con el nombre de la tienda, Southern Crafts, llámame si te provoca, les puedo enseñar algo, sí, sí, de todas maneras, no te pierdas, yo te llamo, a ver, de todas maneras, chau, chau.

Regresó al lugar donde Alejandro la esperaba echado de costado, hacia ella.

—Te demoraste un montón.

—Es que me encontré con una chica del colegio, imagínate.

—¿Ah, sí?

—Alejandra. Estaba en la misma clase que Margarita.

—¿Y qué hace aquí?

—Una tienda, dice. A lo mejor la vemos, le he dicho.

—Bueno.

Quizá podrían llamarla luego. Podrían salir juntos los cuatro. Alejandra Camino. Era bueno tener a alguien en la ciudad. Era bueno.

—Vámonos a almorzar que me ha dado hambre tanta playa, —dijo él.

—Vamos, pues.

❁ ❁ ❁ ❁

Un piano tocaba boleros en el comedor del hotel. Subieron a cambiarse y entraron al salón. Pescado, ensalada, arroz con arvejitas. Comieron entre comentarios sobre el clima, recuerdos sobre los trajes que sus amigas habían llevado a la boda, novedades sobre la reconciliación de sus amigos Pacho y Tere que habían aprovechado la recepción para hablar después de su pelea. «Tere es un poco loca. Ojalá que Pacho tenga paciencia», di-

jo Diana volteando hacia el mozo. «Por favor, señor, un helado de chocolate, con fudge encima».

—¿No quieres un poco? —dijo escarbando en la bola de helado.

—No —contestó Alejandro.

—Está bien rico —añadió ella.

—No me quiero engordar.

—¿Me estás diciendo que si me lo como yo voy a engordar?

—No he dicho nada.

—Pero seguro que te parece mal. Voy a ponerme como un barril si como esto. Eso es lo que piensas, ¿no es cierto?

—Claro que no. Estás flaca, mi amor.

—Bueno, muy flaca tampoco. Ni flaca ni gorda.

—¿Qué te pasa?

—Nada. No pasa nada.

Cuando llegó la hora de tomar el café, Diana se sirvió de la jarra de leche. El líquido desbordó la taza y el mantel. Una mancha húmeda se esparció por la tela, amenazando los bordes de la mesa.

—Mira lo que hice —dijo ella.

Alejandro la miró.

—No te preocupes que ahorita vienen a limpiar.

Llamó al mozo.

El hombre se acercó con un murmullo de cortesía y con una esponja en el mantel.

—¿Quieren pasar a otra mesa, señor?

—No. Tráigame la cuenta para firmar. Creo que ya nos vamos, mejor. ¿Quieres que te lleven el café al cuarto, amor?

—No. No te preocupes.

Caminaron juntos hacia el lobby. Un regimiento de maletas estaba apostado junto al mostrador. Un grupo de muchachos, alguna escuela en viaje de promoción, llenando los formularios del hotel, entre risotadas.

—¿Qué estará haciendo Tati? —dijo Diana.

Tati, su mejor amiga, había estado con ella, durante casi toda la recepción, dos días antes. La había ayudado a escoger y a probarse el vestido. Había sido su confesora desde que había conocido a Álex. La última en despedirse en la puerta del carro, con el arroz en los zapatos.

—¿Por qué piensas en ella?

—No sé. Se me ocurrió ahorita.

—No te estás divirtiendo mucho, ¿no? Te veo muy seria, Diana. ¿Te preocupa algo o qué?

—No. Claro que me estoy divirtiendo.

—¿Tu mamá te dijo algo malo cuando te llamó? ¿Por eso estás así?

—No. Nada. Todo bien.

—Me pareció raro que llamara tan temprano.

—Ay, no te preocupes, oye.

Alejandro miró hacia un costado del lobby. Una cascada artificial bañaba una estructura de piedras y yerbas. En el bar, alguien hablaba por teléfono en voz baja. Era un tipo flaco y sombrío, que sonreía con crueldad de vez en cuando. «Parece un espía ese pata», rio Diana. «Míralo cómo habla. Seguro que está en una cita clandestina aquí. ¿Tú qué dices?».

Hubo una pausa.

—Bueno, vamos arriba a descansar un rato. A lo mejor dan una película en la tele.

—Sube tú. Yo voy a comprar cigarrillos y te alcanzo.

Alejandro entró a la tienda del lobby. Tenía la cabeza ligeramente hacia un costado, como si algo le doliera en el cuello. Diana llegó al ascensor. Se dio cuenta de que no tenía la llave del cuarto. Volvió a la recepción y se la pidió al conserje, un murmullo de cortesía.

El hombre —algo mayor y de pelo inmaculadamente canoso—, buscó la llave en los casilleros sin encontrarla. ¿Estaría ocultándole algo? Diana recibió por fin la llave, las luces del ascensor, primero, segundo, tercero, por fin la puerta como una exhalación, las chapas iguales, la alfombra roja, el número de su cuarto.

En el dormitorio, vació las maletas y empezó a mover las camisas, el saco, los anteojos. Vio un botiquín: un rectángulo de cuero, una hebilla plateada, un cerrojo. Lo había dejado con llave pero Diana sabía que el llavero estaba en el bolsillo de la maleta grande. Cuando lo encontró, un racimo adicional de pequeñas llaves que no había visto antes. «Tiene un remedio para sus ataques de locura. Tiene que tomarlo. Se llama Zoloft». Por fin encajó una de las llaves en el cerrojo del botiquín, giró la mano hacia la derecha y oyó el breve crujido. Dentro había varias cajas. Revisó una por una: Motrín, vitamina C, aspirinas. Al fondo, un rectángulo azul y blanco. Diez pastillas, la caja, azul y blanca con una franja morada, de Zoloft.